poner escuela de niños y de la latinidad juntamente, se comenzaron á introducir en los corazones de la juventud la piedad y virtud y otros ejercicios de devoción y frecuencia de Sacramentos, y les era de edificación á los de la ciudad ver á los niños de la escuela y á los que acudían al estudio, devotos, compuestos y ejemplares, y verlos salir con los nuestros cantando la doctrina por las calles, oír las pláticas que se hacen en las plazas, ejercicios todos por medio de los cuales se veía grande mudanza de costumbres en la república, de que será confirmación este caso y ejemplo singular, digno de que aquí quede escrito.

El señor Obispo de Guadalajara, Don Fray Domingo de Alcorta, de la sagrada Orden de Predicadores, visitando su Obispado y llegando á Zacatecas, que cae en su Diócesis, se edificó, movió y enterneció tanto de la mudanza que vió en la juventud de esta ciudad, y de su ejemplo y modestia, que un día que habían los estudiantes de comulgar, quiso celebrar Misa de Pontifical y darles por su misma mano la sagrada Comunión, alegrísimo de ver introducida esta santa frecuencia y aquella edad tan bien empleada y doctrinada. Y ya que he hecho mención de este gran Prelado, no dejaré de decir el grande amor que siempre mostró á los de la Compañía y las finezas con que la dejó obligada y con que la hizo más estimada en aquella tierra, obligando con esto á todos á que se aprovechasen de su doctrina. Iba á visitar á Zacatecas, y dejando las muchas nobles y ricas posadas que le prevenían y ofrecían para su servicio y regalo, no las admitía, queriéndose aposentar en nuestra pobre casa (que en aquel tiempo lo era mucho), estimando en más, como Su Ilustrísima decía, nuestra comunicación y trato, que todas las ricas preseas y regalos que le podían ofrecer á Su Señoría. Y sucedió que, adoleciendo allí de una grave enfermedad y siendo toda la ciudad de parecer que Su Ilustrísima se pasase á casa del Corregidor, donde se podía acudir á su cura con más aparejo, aunque entonces condescendió contra su voluntad á tantos ruegos, pero á pocos días se halló tan solo sin los nuestros, no obstante que le visitaban al día dos veces, que dió luego traza de volverse con ellos, sin podérselo estorbar, diciendo que en esta sóla casa moriría contento si hubiese de morir, y si vivir, que ahí sanaría y convalescería más presto; y al fin, en esto mostró Su Señoría gusto, que fué al parecer gran parte para recobrar la salud y pasar adelante en su visita, en la cual se quiso también ayudar y servir de la industria y consejo de nuestros Padres.

A estos ministerios dichos y medios santos de que usa la Compañía en orden á la reformación de costumbres en las repúblicas donde reside, se añadió en el Colegio de Zacatecas la erección de una devota Congregación de seglares, dedicada á la Santísima Virgen y á su festividad de la Espectación de su soberano Parto, en que entran de lo más lucido de los vecinos de la ciudad, los cuales los domingos del año por la tarde se emplean en venir á las pláticas espirituales que se les hacen. Asisten á la Salve, que después de ella se canta, en un altar que la misma Congregación tiene dedicado con un muy rico retablo, donde celebran con gran solemnidad las fiestas de la Reina de los Angeles. Y finalmente, los de esta ilustre y devota Congregación son los que más frecuentan los santos Sacramentos, en particular los primeros domingos del mes, que están dedicados al Jubileo que se ga-

na, estando descubierto el Santísimo Sacramento; ejercicios todos con que se conserva la devoción cristiana en una ciudad, que, por otra parte, toda ella está divertida en adquirir y sacar plata de las entrañas de la tierra, que son los frutos de sus campos. Y así, vienen á ser aquí de mayor estima los frutos espirituales que, como dijo el Hijo de Dios, en medio de las espinas de las riquezas se ahogan y aquí con su favor y gracia se granjean. Y no debo olvidar aquí la devoción que con nuestro Padre San Ignacio mostró un caballero de esta ciudad, de los que acudían á nuestra Congregación, vizcaino de nación, llamado Diego de Zaldívar, el cual, en correspondencia del altar de esta Congregación, y en servicio del santo, le edificó otro altar con su adorno y rico retablo, en que gastó doce mil pesos de plata, que son otros tantos reales de á ocho, obra con que movió la devoción de los fieles con el santo Patriarca, y de quien reciben muchos favores.

CAPITULO XXVIII.

De otros frutos que con industria de nuestros operarios se fueron cogiendo en la ciudad de Zacatecas, y refiérense algunos casos particulares sucedidos con los indios.

Aunque los ministerios de este Colegio y los medios que para ellos se han puesto son los ordinarios que en sus Colegios ejercita la Compañía en sermones, frecuencia de Sacramentos, reconciliación de enemistades, visita de cárceles, ayuda y consuelo de los enfermos, asistencia á sus cabeceras, con los demás ejercicios de caridad. Pero es muy digno de referir aquí, en particular, lo que Nuestro Señor se ha servido de los ministerios que los nuestros han ejercitado con los indios laboriosos que de todas naciones concurren á esta ciudad, los cuales con la necesidad que de su trabajo hay para la labranza de las minas, están más libertados y son menos dóciles y más insolentes y belicosos de cuantos hay en la Nueva España.

Estos habían entablado en Zacatecas un bárbaro regocijo y un entretenimiento tan fiero y ajeno de razón humana, que exponían, sin más causa que su loca temeridad, las vidas al tablero, sacrificándolas por holocausto de su fiereza, al demonio. Porque todas las fiestas del año, formando sus campos y armando sus escuadras, salían á batalla los unos con los otros, usando de honda, piedra, cuchillos y otras armas, y en un cerro vecino á la ciudad, como bestias fieras sólo tiraban á matarse, sin haber podido jamás estorbar esta fiereza la justicia, ni con ruegos ni con amenazas, porque se convertían á una contra ellos las piedras de todos, y ningún Ministro quería poner á tanto riesgo su vida. Esta tan perniciosa costumbre remedió á los principios la Compañía con sólo salir los mismos días de sus guerras al dicho campo en procesión con una doctrina, llevando delante por guión la santa cruz y dos de los nuestros cantando las oraciones, armas poderosas é

insignias de la victoria con que el escuadrón de Cristo triunfaba muchas veces del enemigo, venciendo sin dificultad sus soldados; y fué de tanto efecto y tan eficaz este medio, y los enfrenó y rindió de suerte, que en mucho tiempo no volvieron á sus bestiales peleas y en muchas ocasiones se fueron moderando con el tiempo; siendo este triunfo tan intolerable al demonio, que no pudo disimular su sentimiento, como se contará del caso, que es digno de contar aquí, para gloria de las misericordias divinas.

Entre otros enfermos que un Sacerdote nuestro confesó, se topó con un indio muy afligido en el cuerpo, pero más desconsolado en el alma, porque el remordimiento de su mala conciencia no le dejaba sosegar; luego que vió al Padre comenzó á llorar amargamente, y en largo rato no pudo hablar ni pronunciar palabra, porque los sollozos y suspiros le interrumpían la voz; pero asegurándole el Padre de las entrañas blandas y paternales de Dios, y animándole con la esperanza cierta del perdón, si de veras se arrepentía; empezó el indio á dar cuenta de su mala y desconcertada vida, diciendo que casi veinte años había que no se confesaba, ni oía Misa, ni entraba en la Iglesia, ni adoraba al Dios verdadero de los cristianos, sino al demonio, á quien había servido todo aquel tiempo, y que no le daba al presente lugar para convertirse á Nuestro Señor, porque allí donde estaba se le aparecía con horrendas y espantables figuras, trayendo en su compañía á un hermano suyo ya difunto, y ambos echando llamas de fuego, le decían: «Vamos, que ya es tiempo, acaba, que para ti no hay remedio.» Con esto el desventurado indio se hallaba tan atemorizado, que casi desesperaba de la divina misericordia, hallándose cargado y rodeado de gravísimas y enormes culpas y del infernal espíritu, que le venía á ejecutar con rigor pidiéndole la vida y el alma que le había ofrecido y de su voluntad entregado, como últimamente dijo al confesor: diciendo que siendo él de muy poca edad lo llevaba aquel hermano suyo á un encumbrado monte donde varias veces le había mostrado visiblemente al demonio, el cual le prometió luego su favor y ayuda en muchas ocasiones y cosas arduas, dándole palabra de librarle de cualquier trabajo si se le entregaba y reconocía por señor. El, como cristiano, al principio resistió, pero después, apareciéndosele en figura de una hermosísima mujer, como miserable y flaco, se le rindió y se le sujetó al yugo de hierro de amo tan cruel, dejando del todo el suave de la ley de Dios. Desde aquel punto dijo que había soltado la rienda á sus vicios y cometido feísimos y abominables pecados, y rondando de noche el demonio y él juntos las calles y plazas, le abría las puertas donde quería entrar, y demás de eso inducía tan sangriento lobo á este desventurado á que con cuantos encontraba riñera, y se relamía tanto en la sangre humana, que quitaba la vida á los hombres, aunque los hallase durmiendo; y así había perpetrado, entre otros gravísimos pecados, más de veinte homicidios. Hasta aquí contó el triste indio enfermo con tanto temor y espanto, que no ponía en poco cuidado al Ministro que le acudía; el cual, con deseo del remedio de aquella pobre alma, le preguntó entre otras cosas que por qué no había acudido á él ó á otro de la Compañía para que, aplicándole alguna medicina, sanase de tan extremada dolencia. A lo cual respondió: que tan luego como los de la Compañía habían venido á Zacatecas, había visto una noche al demonio en un cerro que llaman la Bufa (éste es

adonde salían las tropas de indios desafiados á matarse), dando grandes bramidos ese enemigo del género humano y como furioso, torciéndose las manos con gran despecho y diciendo: «¡Ay desdichado de mí, que ya se ha acabado el dominio que sobre los indios tenía, ya no seré, como solía, obedecido y respetado, ya se acabaron las ganancias que en estos campos tenía!» aludiendo, según el Padre conjeturó, á los muchos que, como queda referido, á pedradas se mataban en sus desafíos, en los cuales de ordinario tenía cosecha de dos ó tres, y á veces más, para el infierno. Añadió el demonio, para persuadir al indio que se saliese de aquel lugar, que huyese sin esperar un momento, antes que el Padre lo pudiese ver. El indio, desesperado y perdido, le aseguró que no faltaría á la fidelidad debida ni á lo concertado en su pacto, por más que le persuadiesen ni por más razones que el religioso Padre le dijese, y que así no sería menester hacer ausencia del lugar. Con todo eso, el demonio, que no quería poner á riesgo su presa, le replicó y dijo: «No lo esperes, que es gran bachiller, y aunque más fuerte estés te ha de vencer; y así no pares aquí, salte luego en esta misma noche, no le encuentres;» y así lo hizo el engañado indio, no volviendo á Zacatecas hasta que supo que el Padre se había ausentado, y añadió que todo aquel tiempo había proseguido y perseverado en su mala vida y detestables hechos. Habiendo hecho esta relación, lo alentó y consoló el Ministro de Jesucristo ejercitándolo á una verdadera confesión, ponderando la fuerza que tenía este Sacramento para borrar las culpas y alcanzar perdón de ellas por graves que fuesen. Obedeció el indio á esta plática, y ayudado de la divina gracia se confesó con muestras de mucho arrepentimiento y muchas lágrimas; y el Señor, para confirmar la virtud de la confesión contra el demonio, no permitió que en adelante lo inquietase con los miedos y visiones que solía, y agradeciendo la merced que de la divina Majestad había recibido, duró en sus confesiones y ejercicios de virtud hasta la muerte. Caso bien ostentativo de la divina misericordia, y que manifiesta el sentimiento del demonio del empleo santo de los de la Compañía en la ciudad de Zacatecas, y gloriosos frutos que de ella y de sus trabajos tienen.

Otro indio encontró el mismo Padre el año de 1596, enlazado con semejante pacto: tan fiel esclavo del demonio, que no había vicio ni maldad con el cual no le pagase tributo; para asegurar más el enemigo á este su esclavo, no había peligro de que no le librase, sacándole de las cárceles y rompiendo con tanta facilidad las más fuertes prisiones y cadenas, como si fueran de cera. Quísole despertar el Señor por medio de una grave enfermedad, como lo suele hacer con los más obstinados pecadores su clemencia; pero él dormía á sueño suelto en sus vicios y no quiso manifestarlos al confesor, antes añadiendo á ellos otro mayor y más horrendo pecado, se determinó á comulgar sacrílegamente, habiendo hecho una fingida confesión. Porque llevándole á la Iglesia para que recibiese el Santísimo Sacramento por viático, si bien interiormente le reprendía su conciencia, le venció su obstinación á no confesarse plenariamente. Dióle el Sacerdote la forma, y al tiempo de pasarla, en vez de la dulzura que este soberano Pan comunica á los justos que en gracia le reciben, causó tan intolerable tormento al sacrílego indio, como si hubiera recibido una bola de hierro ardiendo que le iba abrasando las entrañas y como un agudo cuchillo

llo que le rasgaba la garganta y el mismo pecho. Con este dolor comenzó á arquear para lanzar la forma, y advirtiéndolo el que ayudaba la Misa le puso una toalla en la boca, mas la sagrada forma se volvió hacia la parte superior de la boca é hizo camino por una ventana de la nariz, causando á la salida el mismo tormento que á la entrada, y cuatro indios que asistían al enfermo y le habían traído á la Iglesia, la vieron volar por el aire hasta ponerse en la misma custodia, de lo cual ellos, atemorizados, comenzaron á ponerle miedo y decirle: «Grandes deben ser, ¡oh hermano! tus pecados, pues han ahuyentado de tu ánima y de tu cuerpo á Dios, que es la vida del alma y salud para el cuerpo;» pero el miserable, todavía ciego á los rayos de tanta luz de inspiraciones divinas y más duro que el bronce á la fuerza de tantos avisos y golpes, se quedó entonces en su miseria rebelde, hasta que poco á poco, considerando tan extraño y milagroso suceso, se fué ablandando y desterrando las espesas tinieblas que no le dejaban ver la claridad de la luz, y muy confuso y reconocido á las mercedes de Dios, hizo una verdadera confesión general con uno de los nuestros, y enmendó su vida de allí en adelante. Y basten estos dos casos por ejemplares de otros muchos que por brevedad dejamos, y son prueba de los muchos frutos que por medio de sus ministerios en este puesto han cogido los de la Compañía de Jesús.

CAPITULO XXIX.

Sale del Colegio de Zacatecas un Padre en misión y refiérese un caso singular que en ella sucedió.

También han salido los nuestros de este Colegio á varias misiones de su comarca, en que han tenido muy rico empleo con los despojos del enemigo, á quien han quitado para el cielo muchas almas, de que sólo referiré por singular el caso siguiente, por manifestar en él la piedad y clemencia de la Reina de los Angeles, que imita á su santísimo Hijo en hacer favores á los más pobres y desechados indios del Nuevo Mundo, á quien han comunicado los rayos de su divina luz.

Salió el P. Jerónimo Ramírez (fervorosísimo obrero y celoso Ministro de la salud de las almas, cuya vida referimos largamente en el tomo de los «Triunfos de la Fe») á una de estas misiones al pueblo llamado de las Nieves y su comarca, que está de la ciudad de Zacatecas distancia de veintidos leguas. Y habiendo llegado al pueblo que llaman de la Cenagnilla, se fué derecho á la Iglesia como tienen de costumbre nuestros misioneros, y hecha averiguación sobre si había cosa urgente, algún niño que bautizar ó algún enfermo que confesar, le dijeron que un viejo de más de cincuenta años de edad, que era gentil, estaba ya sin hablar y para espirar. Acudió el apostólico varón á verlo con toda prisa, hablóle por intérprete, y fué Dios servido que, confortándole con comida que había mucho que no se le daba, y alentándole, pudo hablar y responder, entre otras, á una pregunta que

le hizo, de que si quería recibir el Bautismo, que le era necesario para su salvación; y la respuesta fué haciendo memoria y relación de una visión que había visto tres días antes que el Padre le viniera á visitar. «Habeis de saber, dijo con su estilo llano, que estando yo tan malo como me veis, á deshora ví entrar por esta mi casilla una Señora de grande majestad y hermosura, toda vestida de blanco, y en el aspecto más parecida á española que no á estas nuestras indias, y llegándose á mí me regaló y consoló, y tomándome por la mano me llevó á una floresta de extraña amenidad y recreo, donde estaba una casa muy grande y suntuosa, cuyos habitadores eran también muy hermosos y las piezas y aposentos de singular resplandor y claridad, y lo que os sé decir de la casa, es que, sin comparación, era mejor y más rica que las más grandes y curiosas de los españoles, en la cual yo me quedara de buena gana si aquella Señora me dejara; pero díjome que no era posible hasta que no me hubiesen echado agua en la cabeza como hacían á los cristianos, y que dentro de tres días vendría á verme un Padre de los cristianos y que le pidiese me echase agua y me hiciese cristiano, y que ella me aguardaba; y así, Padre, seas bien venido, que aguardándote he estado; cristiano quiero ser, porque me está aguardando aquella Señora en aquella casa rica.» Alegróse el Padre grandemente de oírle, y aunque no sabía su lengua, por medio de la mexicana puso cuidado en saber brevemente lo necesario para poderle catequizar; catequizólo no sin espanto y admiración de los circunstantes, que veían que de la primera vez que le decía y explicaba cualquiera de los misterios de nuestra fe, lo repetía con buena y clara inteligencia de la verdad, y viéndole tan extraordinariamente alentado como si hubiera resucitado de muerte á vida, lo hizo llevar á la Iglesia, diciendo que en aquella le quería dar el Bautismo. Recibiólo con gran devoción y díjole el Padre que entre otras virtudes de este santo Sacramento por medio del cual se perdonaban los pecados y se abrían las puertas del cielo, una era sanar el alma y dar si convenía salud al cuerpo, y que así, él esperase había de cobrarla. «Esa, respondió el indio, yo no la quiero, sino la del alma; porque me quedó aguardando aquella Señora y no puedo yo dejar de ir adonde ella está.» Dijo el Sacerdote Misa y oyóla el enfermo con tal consuelo y aliento que parecía estar ya sano, y todos se persuadían no tener ya otra enfermedad que su grande vejez, volviéndolo á su casa; y la noche siguiente espiró quedando el rostro más alegre y risueño que cuando vivía, dando prendas de su eterna salud y de la dichosa suerte de su salvación. Y bien claramente se echa de ver en este caso la altísima Providencia de la predestinación, y cómo la divina Majestad quiere, puede y sabe juntar de los fines y extremos de la tierra sus escogidos, aunque sea menester prevenirlos y conservarles la vida con modos milagrosos, como lo fué el de este pobrecillo y después dichosísimo indio; olvidado y aunque despreciado de los hombres en un rinconcillo, pero muy en la memoria de Dios para vestirlo de la estola de la gracia y hacerlo ciudadano entre los nobilísimos y celestiales espíritus de su corte. Otras misiones se han hecho de este Colegio á que también ha echado Dios su bendición.

CAPITULO XXX.

Del principio de fundación que tuvo el Colegio de la Compañía de Jesús de Guadiana, en el Reino de la Nueva Vizcaya.

Después de la fundación y frutos espirituales que del Colegio de Zacatecas en los antecedentes capítulos habemos escrito, se siguió, según el tiempo y orden de fundaciones que observamos en la narración de su historia, hablar de la residencia que la Compañía de Jesús fundó el año de 1591 en el pueblo de San Luis de la Paz por orden del Virrey D. Luis Velasco, para pacificar la fiera nación Chichimeca, la más valiente é indómita y guerrera que hubo en su gentilidad, y lo que los de la Compañía trabajaron desde sus principios en este puesto alumbrando á los infieles con los rayos de la predicación evangélica, como largamente lo escribimos por seis capítulos en el libro doce de los «Triunfos de nuestra santa Fe.» Al cual, por no haber cosa particular que añadir (fuera de que de nuevo se ha edificado un hermoso templo y que los de este pueblo proceden con grande edificación, ejemplo y cristiandad entre los de la Nueva España), remito en lo demás al lugar citado al lector, si quisiere despacio leer esa fundación. Y pasaremos á escribir del Colegio que hoy tiene la Compañía de Jesús en la ciudad de Guadiana y por otro nombre la ciudad de Durango, en el reino de la Nueva Vizcaya de las Indias.

Y comenzando por la descripción y sitio de esta ciudad, que dista de la de México al Poniente ciento ochenta leguas, es cabeza de la Provincia, Gobernación y Obispado de la Nueva Vizcaya; y aunque no es muy poblada la ciudad de Guadiana de vecinos españoles, pero su comarca lo es de muchos reales de minas de plata, y la tierra goza de buenas aguas y pastos: es abundante de frutas y semillas, aunque no tan cultivada como fecunda á causa de que, como dijimos, por su distancia de México es poblada de pocos españoles; sus cosechas son más de ganados que otros frutos; pues antiguamente, de crías de ganado mayor, se herraban en esta comarca cada año ochenta mil becerros, aunque ha disminuido mucho este número con el alzamiento de los tepehuanes, de que hicimos larga mención en la historia de las misiones.

Lo que más ilustra á la ciudad de Guadiana es la Silla Episcopal de aquel dilatado Obispado, que se extiende á toda la Provincia de Sinaloa por espacio de doscientas leguas, y por otras doscientas hasta el Nuevo México. Varias veces habían estado los de la Compañía con nombre de misión en la ciudad de Durango ó Guadiana, que es el nombre más usado, deseosos de entrar á desmontar la espesa selva del gentilismo que encerraba en sus términos, y cultivar el dilatado campo de bárbaras naciones que el Señor les tenía preparadas para que las redujesen como ovejas perdidas al aprisco del verdadero Pastor, Jesucristo. Los primeros obreros de la Compañía que trabajaron en esta viña, fueron el P. Nicolás de Arnaya, que fué Rector de este

Colegio y después Provincial de esta Provincia, y el P. Gonzalo de Tapia, antes que entrase á la Provincia de Sinaloa, que iba á fundar y cultivar con la celestial pluvia de la predicación evangélica, el cual selló después con su sangre á manos de aquellos bárbaros, derramada en odio de nuestra santa fe, que el apostólico Ministro les predicaba. Estos dos celosísimos operarios y grandes Ministros, que siempre trataban de amplificar la gloria de Dios y de su Evangelio, comenzaron á sembrar el poco tiempo que en Guadiana estuvieron la semilla del cielo, á ganar las voluntades de los seglares y exhortar al pueblo que reformase sus costumbres. Y habiendo allí gastado en estos santos empleos algunos días, se partió el santo P. Gonzalo de Tapia á Sinaloa, donde juzgaba que tendría más copiosa mies y mayor ocasión de padecer por Cristo y por el bien de las almas. Con su ausencia se desconsolaron los de la ciudad, pero quedaron con alto concepto de la doctrina de los de la Compañía, por haber visto y experimentado el fervor y espíritu de los religiosos y apostólicos varones que les habían predicado la palabra divina.

Por lo cual el Padre Maestro Pedro Díaz, que el año de 1592 como Provincial gobernaba la Provincia, teniendo muchas noticias del afecto de devoción y estima que la Compañía debía á los de la ciudad de Guadiana, quiso pagárselo con enviar al P. Martín Pelaez, varón de mucho espíritu, que pasó después por orden de N. P. General á la Provincia del Perú (donde consumó gloriosamente el curso de sus trabajos), y á otro compañero, los cuales, como misioneros, iban predicando por todos los pueblos y lugares por donde pasaban, y en ellos cogieron mucho fruto hasta llegar al término de su obediencia, que era Guadiana. Aquí se avivaron las memorias de los dos primeros obreros, cuyo piadoso celo todavía perseveraba en los efectos de conversiones y enmiendas de vidas que con él habían alcanzado. El P. Martín Pelaez, siguiendo las pisadas de sus antecesores y encendido de celo de la gloria de Dios y bien de las almas, ejecutó tan altamente su oficio y ejercitó tan infatigablemente sus ministerios, que dejó edificado á todo el pueblo con el tesón de su continuo trabajo, empleo de su vida y con la excelencia de su provechosa doctrina; de que quedaron tan pagados, que últimamente se resolvieron á escribir á Roma á nuestro P. Claudio Aquaviva, que á la sazón gobernaba la Compañía, representándole qué necesaria era la presencia de los nuestros en Guadiana, por ser puerta de aquella latísima Provincia de la Nueva Vizcaya; y que teniendo la Compañía residencia en esa ciudad, se podría dar calor y ayudar mejor á la conversión de las innumerables almas gentiles que vivían ciegas sin gozar de la luz del Evangelio. A estas razones se juntaba el afecto de verdadero amigo y devoto de la Compañía del Gobernador de aquel reino, D. Rodrigo del Río y Loza, Caballero del hábito de Santiago, de mucha cristiandad, valor y piadoso celo, que escribió ofreciéndose á ayudarnos con sus gruesas limosnas, como siempre lo hizo, y asegurando el favor de los demás españoles principales, de que se hizo á su Paternidad relación. Esta obligó á N. P. General á dar su licencia y encargar que de nuestra parte se atendiese cuanto fuese posible á dar gusto así á la ciudad de Guadiana, como al dicho Gobernador.

CAPITULO XXXI.

Pone la Compañía una casa de residencia en esta ciudad y después se hace Colegio, y escríbese una ruina que padeció su Iglesia. Año de 1634.

Con las muchas diligencias y deseos que mostraban los vecinos de Guadiana para que los de la Compañía pasasen é hiciesen asiento en su ciudad, se tomó resolución para que aquí se hiciese una casa de residencia hasta que Dios dispusiese que de propósito se fundase Colegio, y poniéndose esto en ejecución, se edificó nuestra pobre morada con limosnas de los fieles, y con las mismas se sustentaban cinco ó seis religiosos de nuestra Compañía, los cuales tenían en aquel principio glorioso empleo no sólo con los españoles en la ciudad, sino con las continuas misiones y correrías que hacían á Tepehuanes y á las Parras, tierra entonces de gentiles, convirtiendo muchos infieles y disponiéndolos para entrar de asiento á reducir, doctrinar y conservar en la fe estas naciones, como se puso por obra. Y así, entre los principales frutos que se cogieron de la residencia que asentó la Compañía en Guadiana, podemos con mucha razón contar las fundaciones de misiones que entre gentes bárbaras tiene muy de asiento en este reino la Compañía de Jesús. Pero aunque los nuestros en aquellos principios se ocupaban en estas evangélicas correrías, mas viendo que la mies era mucha y que eran menester obreros que más despacio la cultivasen, así para bien de los ya convertidos, como de los infieles que esperaban se habían de convertir, trató el dicho Gobernador con el Virrey y Padre Provincial se proveyesen de bastantes Ministros aquellos puestos, ofreciendo en nombre de la Majestad del Rey D. Felipe II acudir con el sustento y con la demás ayuda necesaria para edificar en ellos casas é Iglesias y conservar estas gentes en cristiandad. Todo lo cual se asentó y dispuso como lo pidió el Gobernador. Con esto quedó la residencia de Guadiana libre de la carga de estas misiones, aunque con la gloria de haber sido escala á la conversión de estas bárbaras naciones que se han ido reduciendo al gremio de la santa Iglesia. Y el Superior de esta casa y Colegio ha sido y es Visitador de las misiones más vecinas de la sierra de Topia y Tepehuanes, y demás de eso los Superiores de estas misiones, cuando visita la Provincia el Padre Provincial, suelen juntarse y concurrir aquí.

Todos los ministerios de la Compañía fueron desde sus principios en esta ciudad de mucha gloria de Dios y de grande aprovechamiento para los prójimos, y con la doctrina de la Compañía y frecuencia de los santos Sacramentos que desde el principio se procuró introducir, se han adelantado los fieles al servicio de Nuestro Señor; y finalmente, con la fundación que el muy piadoso y noble Arcediano de aquesta santa Iglesia, D. Francisco Rojas (que hoy vive), con piedad y celo del bien de su patria hizo de este nuestro Colegio de Guadiana el año de 1634, dotándolo con una hacienda de ganado que dió para el sustento de los sujetos que en él morasen, se abrieron escuelas de latinidad más de propósito, en que se enseña á la juventud la Gramática, demás de una escuela de niños que aprenden á leer y escribir y son instituidos en las buenas costumbres y doctrina cristiana que con cuidado se les enseña, y adonde concurren algunos de las estancias de la comarca, que vienen á ser doctrinados aquí. Obra de mucha caridad, por ser esta tierra, por una parte tan remota, y por otra sus vecinos tan derramados en sus poblaciones y estancias donde de asiento tienen su habitación. Edificóse en esta casa, antes de tener fundación de Colegio, una Iglesia en el año de 1616, que, aunque grande, pero como en tierra que se poblaba de nuevo, no con la fijeza de materiales que pedía la obra, y así el de 1647 (que fué de muchas aguas) se vino á tierra con tan espantoso ruido, que despertó casi toda la gente de la ciudad. Y por las cosas de edificación que sucedieron en esta ruina, me pareció hacer aquí relación de ella. Y lo primero, luego que se oyó el ruido así de las campanas de la torre como del edificio que venía á tierra, levantándose toda la gente del pueblo acudieron á nuestra casa, así hombres como mujeres y religiosos de otras religiones, llenos de cuidado y temor. El primero que acudió fué el Gobernador de aquel reino, Don Luis de Valdés, Caballero del hábito de Santiago, el cual hizo mucha instancia á los Padres que se fuesen á vivir á las casas reales, temeroso de que la del Colegio, por las muchas aguas y estar poco firme, corría mucho peligro; á cuya oferta respondió con mucha acción de gracias el Padre Rector, aunque no la aceptó, por parecerle que no estaba tan de peligro que obligase á ausentarse del Colegio y desampararlo en aquella ocasión. Luego que amaneció el día siguiente concurrieron casi todos los de la ciudad, cuidadosos de sacar de debajo de aquella máquina de tierra y madera que había caido, la custodia del Santísimo Sacramento del altar mayor, y de los primeros fué el señor Obispo de aquella ciudad, el cual, por sí mismo, con una barreta empezó á cavar, á cuyo ejemplo otras personas principales y religiosas hicieron lo mismo, y después de haber cavado en profundo más de vara y media de tierra se halló una forma sola, la cual, luego que pareció, mandó el señor Obispo repicar en su Iglesia y lo mismo hicieron los demás religiosos, y cogiendo Su Señoría la forma en un cáliz, con hachas encendidas y debajo de palio la llevó en procesión y grande veneración á una capilla menor de nuestra casa, adonde celebrando Misa el Padre Rector la consumió. Y fué cosa que causó admiración, que esta forma estaba más de cinco varas distante del altar mayor, y parece fué inspiración de Dios que se empezase á cavar por aquella parte, porque no quedase sepultada, pues no se halló otra ninguna, hasta que advirtiendo que se había comenzado á cavar mucho distante del altar mayor, comenzaron de nuevo á cavar más arriba, y á cosa de las cuatro de la tarde se descubrió la caja de madera del Sagrario, sin puerta, caida sobre la peaña del altar mayor, y por esta parte arrimada al mismo altar mayor, y dentro de ella guardando el sagrado vaso de depósito un poco ladeado y abollado y muchas de las formas dentro de él, y otras, algunas pocas, en el suelo del Sagrario. A todos admiró que siendo tan delgada esta caja y habiendo sido tanto el peso de piedras que cayeron encima, no la hiciesen pedazos, atribuyendo esto y la disposición en que se halló la caja, quedando en vacío y hueco el depósito, á Providencia divina de Nuestro Señor, con